

confederación, que la Alemania en suma, la región más vasta del continente, iba á sufrir un completo trastorno. Nada de esto ha sabido vuestro rey, fuera de lo que ha podido ver en un mensaje del ministro Talleyrand al Senado conservador. Es decir, que la Alemania no es ninguno de esos países cuya situación interese á la Inglaterra; pues de lo contrario, los ministros que por boca de S. M. nos dicen que no permanecerían inertes á ningún cambio considerable verificado en Europa, hubieran salido en esta ocasión de su estupor y adormecimiento. Finalmente, en estos últimos días también Parma ha desaparecido del mapa de los Estados independientes. Parma se ha convertido en un territorio de que puede disponer á su antojo el primer cónsul de la república francesa. Todo esto ha sucedido á vuestra vista y casi sin interrupción. En los catorce meses de esa paz funesta, ni uno solo ha transcurrido sin que se nos anunciase la ruina de un Estado aliado ó amigo de Inglaterra. ¡Y vosotros nada habéis visto y advertido! ¿Por qué, pues, sacudís el sueño de repente? ¿En favor de quién? ¿En favor de los valientes suizos? Muy dignos son por cierto de interés, muy merecedores de la simpatía de la Inglaterra, pero no preferibles para ella al Piamonte, á la Lombardía, á la Alemania. ¿Y qué daño habéis podido advertir ahora de más consideración que todos los causados en los últimos catorce meses? ¿Es posible que cuando no lograron fijar vuestra atención en el continente ni el Piamonte ni la Lombardía ni la Alemania, sean sólo los suizos los que os induzcan á pensar que la Inglaterra no debe permanecer insensible al equilibrio de las potencias europeas?»

«Habéis sido, decía Canning, los hombres más ineptos, porque reclamando para la Suiza, habéis puesto á la Inglaterra en ridículo, y la habéis entregado al desprecio de nuestro enemigo. Hallábase en Constanza un agente inglés que todo el mundo conoce; ¿podrías decirnos qué hacía allí, qué papel representaba? Es público y notorio que habéis dirigido reclamaciones al primer cónsul de la república francesa en favor de la Suiza; ¿tendréis á bien decirnos qué os ha contestado? Lo que sabemos es, que desde vuestras reclamaciones los suizos han depuesto las armas ante las tropas francesas, y que los diputados de todos los cantones reunidos en París reciben leyes del primer cónsul. Es decir, que reclamáis en nombre de la Gran Bretaña sin exigir que se os escuche. ¡Mejor hicierais en callar, como cuando desapareció el Piamonte, y cuando fué tratada la Alemania, que no en reclamar sin merecer respuesta! Ni podía menos de ser así cuando al hablar se obraba con la misma inconsideración que al permanecer mudos; cuando se hablaba sin tener preparados sus medios, sin tener ni una escuadra ni un ejército ni un aliado. Es preciso saber callar, ó alzar la voz con seguridad de ser oído; que no se entrega así á la ventura la dignidad de la nación. Nos pedís subsidios; ¿qué os proponéis hacer con ellos? Si los queréis para que continúe la paz, son excesivos; si para hacer la guerra, no son bastantes. Los concederemos no obstante, pero con la condición de que renunciaréis el manejo de ellos en manos del hombre á quien habéis substituído, único que puede salvar á Inglaterra en la crisis á que imprudentemente la habéis arrastrado.»

No alcanzaban, pues, los ministros ingleses ni siquiera

el premio de las concesiones hechas al partido enemigo de la paz, puesto que hasta se les echaba en cara sus reclamaciones en favor de la Suiza; pero fuerza es reconocer que aunque en los ataques de sus adversarios no solía haber fundamento, en éste realmente lo había, pues su conducta en aquel negocio había sido pueril.

No obstante, en medio de sus declamaciones lord Grenville había manifestado alguna cosa harto grave, y sobre todo muy chocante en boca de un antiguo ministro de Negocios extranjeros. Al acusar á Addington y á Hawkesbury por haber desarmado la escuadra, licenciado el ejército y evacuado el Egipto y el Cabo, los celebraba en cuanto á no haber retirado aún las tropas inglesas de Malta. «Habéis obrado así, exclamaba, por negligencia, por ligereza; ¡feliz negligencia, que es la única cosa que podemos aprobar en vosotros! Pero esperamos que no soltaréis esta última prenda que por casualidad queda en vuestras manos, y que la conservaréis para indemnizaros de todas las infracciones de tratados cometidas por nuestro insaciable enemigo.»

No podía proclamarse más descaradamente la violación de los tratados.

En medio de aquel desconcierto, el elocuente y generoso Fox pronunció palabras de sensatez, de moderación y de honor nacional en la verdadera acepción de esta palabra. «Tengo pocas relaciones con los individuos del gabinete, dijo dirigiéndose á la oposición Grenville y Canning, y por otra parte tengo poca costumbre de defender á los ministros de S. M.; pero estoy maravillado de cuanto he oído, y sobre todo de pensar quiénes son los que así han hablado. Aflígeme por cierto, más que á ninguno de los honorables colegas y amigos de Mr. Pitt, la grandeza creciente de la Francia, que cada día se dilata más en Europa y en América. Causame pesadumbre, aunque no participo de las prevenciones de esos honorables señores contra la república francesa. Pero en suma, ese crecimiento extraordinario que os sorprende y os espanta, ¿cuándo se ha manifestado? ¿Ha sido acaso bajo el ministerio de Addington y Hawkesbury, ó bien bajo el de Pitt y Grenville? En tiempo de Pitt y Grenville, ¿no había adquirido la Francia la línea del Rin, invadido la Holanda, la Suiza y la Italia hasta Nápoles? ¿Extendió de ese modo sus brazos gigantescos porque no se le opuso resistencia y porque se toleraron cobardemente sus invasiones? Parece que no, porque Pitt y Grenville trabaron la más formidable de las coaliciones para destruir á esa Francia ambiciosa. Sitiaban á Valenciennes y Dunkerque, y destinaban ya la primera de estas plazas para el Austria y la segunda para la Gran Bretaña. Esa misma Francia, á quien se echa en cara el eptrometerse á viva fuerza en los negocios ajenos, estaba á la sazón expuesta á ser invadida y á que se le impusiera un régimen que no quería ya tolerar haciéndole aceptar la familia de los Borbones, cuyo yugo rechazaba; y por una de esas resoluciones sublimes de que la historia debe conservar eterno recuerdo, citándola como ejemplo digno de ser imitado, rechazó la Francia á sus invasores. No han podido despojarla de Valenciennes ni de Dunkerque, no han conseguido dictarle leyes; ella, por el contrario, las ha dictado á los demás.

»Por nuestra parte, aunque muy adictos á la causa de la Gran Bretaña, no hemos podido menos de expe-

rimentar una simpatía involuntaria hacia ese generoso instinto de libertad y de patriotismo, y estamos muy lejos de ocultarlo. Por ventura, ¿no celebraban nuestros padres la resistencia que oponía la Holanda á la tiranía de los españoles? ¿No ha aplaudido la antigua Inglaterra toda inspiración noble en todos los pueblos? Y vosotros que deploráis hoy el engrandecimiento de la Francia, ¿no fuisteis los que provocasteis su ímpetu victorioso? ¿No fuisteis vosotros los que queriendo apoderaros de Valenciennes y de Dunkerque la obligasteis á apoderarse de la Bélgica, y queriéndole imponer leyes la impulsasteis á que ella se las diese á la mitad del continente?»

»Habláis de Italia: ¿no estaba ésta acaso en poder de los franceses cuando celebrasteis el tratado? ¿Lo ignorabais acaso? ¿No era por ventura una de vuestras quejas? ¿Ha estorbado esta circunstancia que se firmase la paz? Y vosotros, colegas de Pitt, que reconociais entonces cuán necesaria era esta paz por los padecimientos de una guerra de diez años, y cuán indispensable era para cerrar las heridas que vosotros mismos causasteis, ¿pudisteis consentir que los ministros actuales la firmasen por vosotros? ¿Por qué no os opusisteis entonces? Y si así no lo hicisteis, ¿por qué no tolerar ahora que cumplan sus condiciones? Os interesa mucho el rey del Piamonte, sea en buen hora; pero el Austria, de la cual era más aliado que vuestro, le había ya abandonado. Ni siquiera quiso mencionarle en las negociaciones, por temor de que la indemnización que se concediera á este príncipe disminuyese la porción de los Estados Venecianos que para sí propia ambicionaba. ¡Había de tener la Inglaterra la pretensión de mantener la independencia de Italia mejor que el Austria misma! Mucho encarecís los trastornos de la Alemania; pero ¿qué es lo que se ha hecho en Alemania? Se han secularizado los Estados eclesiásticos para indemnizar á los príncipes hereditarios en virtud de un artículo formal del tratado de Luneville, tratado firmado nueve meses antes que los preliminares de Londres, más de doce meses antes que el tratado de Amiéns; y ¿en qué época se firmó? Mientras Pitt y Grenville eran ministros de Inglaterra. Cuando Addington y Hawkesbury subieron al poder, la supuesta repartición de la Alemania era ya cosa convenida, ofrecida y acordada á ciencia y paciencia de la Europa entera.

»Creerá el que os oiga que la Alemania ha sufrido un gran trastorno: quejaos, pues, también de la Rusia que lo ha consumado á medias con la Francia. Decís que el elector de Hannover ha salido muy mal parado, porque era por desgracia suya rey de Inglaterra; hasta ahora no había yo oído decir que estuviera descontento de su parte, porque sin perder nada ha logrado un obispado pingüe. Además, mucho me dan que sospechar los que tanto se interesan por el elector de Hannover y tanta solicitud muestran por él, no sea que busquen el modo de granjearse por su medio la confianza del rey de Inglaterra y de irse ingiriendo en su consejo. Cierto que la Francia es grande, más grande aún de lo que debe desearlo un buen inglés; pero su grandeza, de la cual son autores los últimos ministros británicos, no era conocida antes de los preliminares de Londres, antes de las negociaciones de Amiéns, y no sería ese nunca un motivo para violar tratados so-

lemnes. Velad por el cumplimiento de estos tratados si se infringen, reclamad la fe jurada: tal es vuestro derecho y vuestro deber; pero porque la Francia nos parece demasiado grande hoy, más grande de lo que la juzgamos al principio, quebrantar un compromiso solemne y conservar por ejemplo á Malta, sería una infidelidad indigna que comprometería el honor británico. Si verdaderamente no se han cumplido las condiciones del tratado de Amiéns, podemos conservar á Malta hasta tanto que lo sean; pero no un instante más.

»Espero que nuestros ministros no obligarán á que se diga de ellos lo que se decía de los ministros franceses después de los tratados de Aquisgrán, de París y de Versalles, que los habían firmado con la intención secreta de infringirlos en la primera ocasión. Creo incapaces de esto á los señores Addington y Hawkesbury; sería una mengua para el honor de la Gran Bretaña. El resultado de esas continuas invectivas contra el engrandecimiento de la Francia y de esos terrores que se intenta propalar, es perpetuar los disturbios y el rencor entre dos grandes pueblos. Estoy seguro de que si hubiera en París una asamblea semejante á la que aquí discute, se hablaría de la marina inglesa, de su dominación en los mares, lo mismo que hablamos nosotros en este recinto de los ejércitos franceses y de su dominación en el continente. Comprendo que exista una noble rivalidad entre dos naciones poderosas; pero hablar de guerra y proponerla sólo porque una nación se engrandece y prospera, es cosa insensata é inhumana. Si os anunciaran que el primer cónsul abría un canal para llevar el mar de Dieppe á París, encontraríais personas que lo creyesen y os propusieran la guerra. Se habla de las fábricas y las he admirado; pero si he de decir mi opinión sobre ellas, me causan tan poco temor como la marina de la Francia. Estoy seguro de que las manufacturas inglesas obtendrán la preferencia cuando se establezca la competencia con las francesas. Déjeseles, pues, probar sus fuerzas, pero que esta prueba sea en Manchester y en San Quintín; allí está abierta la liza, allí el campo donde deben habérselas las dos naciones; pero mover guerra sólo para asegurar el triunfo de unas sobre otras, sería una barbarie.

»Se echa en cara á los franceses el prohibir el arribo de nuestros productos á sus puertos; pero ¿podéis por ventura estorbar el ejercicio de ese derecho? Y vosotros que os quejáis, ¿dónde hay nación que haga un uso más activo de las prohibiciones que la vuestra? Padece una parte de vuestro comercio, es posible; pero eso se ha visto en todas las épocas, después de la paz de 1763, después de la paz de 1782. Existían entonces ciertas industrias que debían á la guerra un desarrollo que excedía de sus proporciones ordinarias, que debían reducirse con la paz á más estrechos límites, y otras en cambio que debían adquirir mayor desarrollo. ¿Cómo se ha de remediar esto? ¿O habremos de derramar á torrentes la sangre de la nación francesa sólo por la ambición de nuestros traficantes? Yo por mi parte ya he elegido; si es preciso inmolar millares de individuos para satisfacer pasiones insensatas, voto por las locuras de la antigüedad: más quiero que corra la sangre por causa de las expediciones aventureras de un Alejandro, que no por la grosera codicia de unos cuantos mercaderes codiciosos de oro.»

Estas nobles palabras, en que no perjudicaba á la humanidad el más sincero patriotismo, porque ambos sentimientos pueden conciliarse en un corazón generoso, produjeron gran sensación en el parlamento de Inglaterra. Se habían ponderado con la mayor exageración los progresos de nuestra industria y nuestra marina. La una y la otra comenzaban á renacer sin duda alguna; pero se suponía hecho y cumplido lo que apenas acababa de empezarse, y estas exageraciones, referidas por el comercio superior, se habían esparcido de un modo funesto entre todas las clases de la nación británica. Muy á propósito vinieron las elocuentes y sensatas palabras que pronunció Fox para neutralizar aquellas ponderaciones, por lo cual fué escuchado con interés, aunque ofendía en cierto modo á las simpatías nacionales. Por otra parte, aunque nuestro engrandecimiento causaba descontento y alarma, aún no se quería la guerra. El partido Grenville y Windham se había comprometido por su violencia; Mr. Fox se había hecho honor prestando apoyo al gabinete. Este cambio de conducta hacía sospechar que se hubiese unido al poder; suponíase que iba á entrar en breve á reforzar aquel débil ministerio que había hecho en los debates un papel adocenado é incierto, aprobando lo que se decía en favor de la paz, sin atreverse á decirlo por sí mismo. Fuera de esto, la contestación propuesta al discurso de la corona se votó sin enmiendas; lo mismo se votaron los subsidios. Durante cierto tiempo pareció salvado el ministerio, lo cual agradaba á Mr. Addington, aunque poco ambicioso, y particularmente á lord Hawkesbury, que tenía mucha más afición que aquél á su destino. Esta especie de triunfo disponía á estos dos personajes á continuar en mejores relaciones con la Francia, porque querían la paz, estando persuadidos, como lo estaban, de que á ella debían su elevación, y sin ella sería inevitable su caída. En efecto, al primer cañonazo no podía menos de ser llamado Mr. Pitt por todas las clases de la nación á tomar las riendas del gobierno.

Terminados con prudencia los negocios de la Suiza, al par que con prontitud, había desaparecido la queja principal, y lord Hawkesbury pidió que se despachase á Londres al embajador de Francia, el general Andreossy, ofreciendo despachar á París al embajador de Inglaterra, lord Withworth. Accedió de grado el primer cónsul, porque á pesar de ciertos impulsos de cólera que había excitado en su ánimo la malevolencia británica, á pesar de las imágenes de un engrandecimiento inaudito que á veces entreveía como consecuencia de la guerra, aún continuaba enteramente propenso á la paz. No hay duda de que con provocarle y exasperarle se le obligaba á que allá en sus íntimos pensamientos se dijese á sí mismo que la guerra era su vocación natural, su origen, quizá su destino; que aunque sabía gobernar cuando quería de un modo superior, antes de gobernar había sabido combatir; que esta era su profesión y su arte por excelencia; y que si Moreau había llegado con los ejércitos franceses hasta las puertas de Viena, él podría hacer más todavía. Reflexionaba muy á menudo en estas cosas, y efectivamente en aquel momento se presentaban á veces á su espíritu muy singulares visiones. Vea imperios destruídos, reformada la Europa, y su poder consular trocado en una corona nada inferior á la de Carlomagno. Cualquiera que le

amenazase ó provocase su enojo hacía surgir en su vasta inteligencia una en pos de otra estas imágenes fatales y seductoras; y no era difícil echarlo de ver en la extraña elevación de su lenguaje diario, en las notas que dictaba á su ministro de Negocios extranjeros, y por fin en los miles de cartas que dirigía á los agentes de la administración.

Pensaba también no obstante que no podía menos de faltarle tarde ó temprano toda esa grandeza, y entonces le parecía que la paz había durado muy poco, que Santo Domingo no había quedado definitivamente reconquistado, que no estaba ocupada la Luisiana ni restablecida la marina francesa. Juzgaba que antes de renovar la guerra necesitaba aún cuatro ó cinco años de esfuerzos continuos en el seno de una paz profunda. Participaba el primer cónsul de esa pasión por las grandes construcciones, peculiar á los fundadores de imperios; aficionábase á estas plazas fuertes que levantaba en Italia, á esas anchas carreteras que abría en los Alpes, á esos planos de ciudades nuevas que proyectaba en la Bretaña, á esos canales que iban á unir los álveos del Sena y del Escalda. Gozaba de un poder absoluto, de una admiración universal, y todo eso en una calma profunda que no podía menos de serle muy grata después de haber dado tantas batallas, atravesado tantas regiones, y entregado á tantos azares su vida y su fortuna.

Deseaba, pues, sinceramente el primer cónsul la continuación de la paz, y consintió en todo lo que podía contribuir á asegurar su duración. Consiguiente á esto, hizo salir para Londres al general Andreossy y recibió con gran distinción á lord Withworth en París. Este personaje, destinado á representar al rey Jorge III en Francia, era un verdadero caballero inglés, sencillo, aunque espléndido en su representación, sensato, recto, pero seco y orgulloso como todos los de su nación, y enteramente incapaz de esos miramientos delicados y oportunos que eran indispensables con un carácter como el del primer cónsul, unas veces arrebatado y otras amable y deferente. Hubiera sido posible escoger un hombre de ingenio agudo, más bien que un magnate, ó uno que reuniese ambas circunstancias, si posible fuera, para tratar con un gobierno nuevo que requería consideraciones y lisonjas. No obstante, como esos inconvenientes no suelen presentarse desde luego en las relaciones, sino que al principio todo parece bien, lord Withworth fué perfectamente recibido, y su esposa la duquesa de Dorset, señora muy principal de Inglaterra, fué objeto de los más delicados agasajos. El primer cónsul dió al embajador y á su esposa grandes funciones, así en Saint-Cloud como en las Tullerías. Mr. de Talleyrand desplegó para recibirlos dignamente todo el tacto y elegancia de maneras que le distinguían; los dos cónsules Cambaceres y Lebrún recibieron orden de hacer otro tanto por su parte, y se esmeraron cuanto pudieron en cumplirla. A todos estos agasajos se añadió el de darles publicidad, que fué el más lisonjero de todos.

En la opinión de Inglaterra hacia Francia tenía gran parte el orgullo ofendido, aunque el interés la tuviese también muy considerable. Los miramientos prodigados por el primer cónsul al embajador británico produjeron la mayor sensación en Londres en la opinión pública, é

inclinaron momentáneamente los ánimos hacia sentimientos más generosos. El mismo general Andreossy lo advirtió en su persona por la lisonjera acogida que recibió, de todo punto semejante á la que recibía lord Withworth en París. Los meses de diciembre y enero produjeron una especie de calma; los fondos que habían bajado en ambos países subieron sensiblemente, y volvieron á hallarse en la misma altura que alcanzaron en la época de mayor confianza y crédito. El cinco por ciento llegó á 57 ó 58 francos en Francia.

El invierno de 1803 fué casi tan brillante como el de 1802; y aún pareció más tranquilo por cuanto la situación interior estaba perfectamente consolidada, mientras el año precedente la oposición del tribunalado causaba cierta zozobra, sin infundir por eso temores graves. Dióse orden á todos los empleados superiores, cónsules y ministros, para abrir sus estrados, así á sus dependientes como á la sociedad parisiense y extranjera. Las clases dedicadas al comercio estaban satisfechas del movimiento general de los negocios. Extendiase por todas partes cierto sentimiento de bienestar que penetraba en las mismas reuniones de la emigración amnistiada. Todos los días se veían segregarse del grupo ocioso, agitado y detractor de la antigua nobleza francesa personajes distinguidos por sus nombres ilustres para pretender destinos de la magistratura ó de la hacienda en las tertulias graves y monótonas de los cónsules Lebrún y Cambaceres. Otros acudían hasta la misma madama Bonaparte solicitando cargos en la nueva corte. Murmurábase de los que lo conseguían, pero en el fondo eran envidiados, y no estaban lejos los murmuradores de seguir su ejemplo.

Tal estado de cosas duró parte del invierno; y hubiera durado más tiempo aún á no ser por una circunstancia que empezaba á poner en aprieto al gabinete británico, cual era la demora de la evacuación de Malta. Al cometer el grave yerro de dar contraorden sobre esta evacuación, se dió margen á que experimentase el pueblo inglés la peligrosa tentación de quedarse con una posición que dominaba el Mediterráneo. Para hacer posible la entrega de tan preciosa prenda, hubiera sido menester, ó bien un ministerio poderoso, ó una concesión cualquiera de parte de la Francia; pero ni semejante ministerio poderoso existía en Inglaterra, ni el primer cónsul era muy á propósito para facilitar con sacrificios el logro de sus deseos al gabinete de entonces; lo más que podía esperarse de él era que no exigiese desde luego el cumplimiento de los tratados.

Otra nueva circunstancia hacía más inminente aún el peligro de aquella situación.

Hasta entonces había habido un pretexto para demorar el cumplimiento del tratado de Amiéns en cuanto á lo de Malta, que era la negativa de la Rusia á aceptar la garantía del nuevo orden de cosas establecido en aquella isla; pero el gabinete ruso, calculando el peligro de aquella negativa, y queriendo sinceramente contribuir á la conservación de la paz, se apresuró á reformar su primera determinación por un impulso de probidad que honraba mucho al joven Alejandro. Sólo puso para motivar aquel cambio ciertas condiciones insignificantes á su garantía, tales como el reconocimiento de la soberanía de la orden de la isla de Malta por todas las potencias, la admisión de los naturales en su gobierno, y la supre-

sión de la lengua maltesa; nada alteraban el tratado estas condiciones, puesto que ya con corta diferencia constaban en el mismo.

La Prusia, igualmente solícita en asegurar la paz, modificó también su primera determinación, y concedió su garantía en los mismos términos que la Rusia. El primer cónsul se adhirió sin pérdida de tiempo á las nuevas condiciones agregadas al artículo 10 del tratado de Amiéns, y las aceptó formalmente.

No podía ya retroceder el gabinete inglés; érale forzoso aceptar la garantía tal cual se había dado, ó constituirse en estado de evidente mala fe, puesto que las nuevas cláusulas introducidas por la Rusia eran tan insignificantes que no podían desecharse razonablemente. Aunque embarazado por las dificultades que el mismo había creado, estaba, no obstante, dispuesto á aprovechar el último acto del gobierno ruso como la mejor ocasión para evacuar á Malta, reservándose el exigir algunas precauciones aparentes en cuanto al Egipto y al Oriente, cuando sobrevino de repente un suceso enojoso que sirvió de pretexto á su mala fe, si realmente la tenía mala, ó de rémora á su decisión caso de ser solamente débil y flojo.

Vimos ya que el coronel Sebastiani había sido enviado á Túnez, y de Túnez á Egipto, para averiguar si los ingleses estaban ó no dispuestos á abandonar á Alejandría, observar lo que ocurría entre los mamelucos y los turcos, restablecer á los cristianos bajo la protección francesa, y llevar al general Brune, embajador nuestro en Constantinopla, una nueva confirmación de sus primeras instrucciones. Cumplió el coronel escrupulosamente su encargo; encontró á los ingleses apoderados de Alejandría, sin ánimo al parecer de abandonarla, á los turcos en encarnizada guerra con los mamelucos, muy deseada la vuelta de los franceses desde que se empezó á comparar su gobierno con el de los turcos, y el nombre del general Bonaparte resonando aún en el Oriente. Hizo saber todo esto, y aun añadió que según la situación del Egipto, colocado entre turcos y mamelucos, bastaría para volverlo á conquistar un cuerpo de seis mil franceses. Este informe, aunque mesurado, no podía darse á luz sin graves inconvenientes, porque había sido escrito para el gobierno solo y se decían en él muchas cosas que sólo al gobierno podían confiarse. Quejábase amargamente, por ejemplo, el coronel Sebastiani del general inglés Stuart, que ocupaba á Alejandría, y que con sus dichos fué causa de que por poco le asesinaran en el Cairo. Probaba el informe en su conjunto que los ingleses no trataban aún de evacuar el Egipto, y esto fué lo que determinó al primer cónsul á mandarlo insertar en el *Monitor*. Parecía que se tomaban ciertas licencias en cuanto al cumplimiento del tratado de Amiéns, y á pesar de que hubiera deseado no mostrarse todavía exigente en lo de Malta y Alejandría, no le desagradaba, sin embargo, poner á los ingleses en pública expectativa, dando á conocer un documento que probaba su morosidad en el cumplimiento de sus compromisos y la malevolencia con que sus oficiales miraban á los nuestros. Publicóse este informe en el *Monitor* del 30 de enero, y aunque poco notado en Francia, produjo en Inglaterra una sensación tan viva como imprevista. La expedición de Egipto había engendrado en los ingleses una suspicacia extrema sobre todo lo relativo á